

Reseñas Próximas

1. ATTALI, Jacques. *Karl Marx o el Espíritu del Mundo*. (Título original: Karl Marx ou l' esprit du monde). Traducción de Víctor Goldstein. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

*Penso Acero, Yldefonso**
Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela

La Historia como disciplina de conocimiento se caracteriza en el ámbito académico por ser un cuerpo de saberes acerca del pasado y, además, poseer unos concretos métodos para acceder a ese conocimiento. Estos métodos de investigación son los que posibilitan ¿o imposibilitan? la adecuación de la Historia al rango de Ciencia, debido a que plantean la posibilidad de establecer cierto nivel de certeza sobre la plena identificación, descripción y explicación de los hechos pasados. A esto se le suma el hecho de que la Historia no estudia todos y cada uno de los hechos ya acontecidos, sino que se circunscribe a los humanos. Lo cual le añade otro ingrediente de fatalidad.

En este orden de ideas la disciplina histórica se inmiscuye en el transcurrir de lo humano, en sus dichas y desventuras, en sus maldades y sus divinidades; en fin tiene la Historia como objeto de indagación quizás el más difícil de todos los objetos, por ser el que menos tiene de objeto, el pasado humano. Y como el conocimiento de este tipo particular de pasado tiene que llegar a un nivel de certeza para llamarlo científico, no puede tener cualquier método, uno inventado en una noche de traspasado, sino uno llamado **método científico**. Fruto él de una larga marcha de intentos y fracasos, de críticas y odas, que tiene su

* Licenciado en Historia (U.L.A.), cursante de la Maestría de Historia de Venezuela de la Universidad de Los Andes. Docente del Liceo Libertador del Estado Mérida y Profesor Contratado de la Escuela de Historia, a cargo de la cátedra de Economía Política.

refugio en las ciencias naturales o exactas. Es así como la Historia que practicamos los historiadores académicos parte, en gran medida, de un conjunto de documentos escritos sobre el pasado humano ante los cuales le aplicamos una crítica de sus elementos internos y externos para fijar su veracidad y describir lo sucedido o narrado en ellos, terminando por explicar las causas que originaron esos hechos narrados.

Así, pues, se desenvuelve el conocimiento histórico, no importa si es de un individuo, de una sociedad o de una época, si queremos explicarlo para explicárnoslo ineluctablemente tenemos que proseguir ese camino. Algunos disertan sobre si se diferencia de la literatura y para ello exponen sobre su método; algunos otros discursan si es sobre los individuos o sobre los procesos y para ello exponen sobre su importancia. Para Jacques Attali no existen tales diferencias, sin ser él un historiador profesional (o como diríamos por aquí: graduado) conjuga una sumisión recta por la indagación y crítica de las fuentes escritas con un prosa que le da vida ante los ojos del lector de los hechos que trata de explicar. Esto lo pudimos constatar en su obra *Historia de la Propiedad* la cual resulta difícil catalogarla, no sabemos si es novela histórica o historia novelada. Igual nos sucede con esta obra reciente, que por facilidad, comodidad o arrogancia cualquier otro pudiera catalogarla como Biografía. Yo no puedo.

Y no puedo catalogar a *Karl Marx o el espíritu del mundo* simplemente como una Biografía debido a que trasciende el cuento mismo sobre la vida de este personaje, intenta analizar esa vida dentro de un ámbito mucho mayor llamado **contexto histórico**, para llegar a dilucidar entre el genuino ser humano y la enorme maraña de supuestos, buenos o malos, que los acontecimientos posteriores a su vida le inculcaron.

Trascurre esta obra como cualquier investigación histórica sobre una vida en particular. Desde la génesis de su familia, primer contexto histórico en la vida de cualquiera, pasando por la realidad de la Alemania que le tocó vivir, segundo y quizás más importante contexto histórico de cualquiera. Pero posee un elemento fascinante y fundamental a la hora de explicar el desarrollo de la vida de Marx; inserta en su narración acontecimientos muy precisos sobre

descubrimientos científicos, sobre primeras ediciones de escritos fundamentales de la humanidad, sobre guerras y amores que cumplen con la función de dar un panorama del tipo de mundo que le tocó vivir a Marx, el contexto histórico más amplio y a la vez el más inapreciable de cualquiera.

Y todo esto lo realiza con el único fin de llegar a explicar, de llegar a las causas primeras que formaron al gran pensador que fue y que las montañas de odios, resentimientos, envidias, amores y divinizaciónes no han podido esclarecer. Y lo hace un autor que declara que nunca fue marxista en ningún sentido de la palabra y que su primer contacto con Marx fue tardío y posterior a su formación de economista, lo cual no le impidió sentir la necesidad de escudriñar sin prejuicios en esta vida individual y en el mundo que lo constituyó. O como nos lo dice el mismo Atalli en su introducción:

“De comprender cómo pudo redactar, cuando tenía menos de 30 años, el texto político más leído de toda la historia de la humanidad; de revelar sus relaciones singulares con el dinero, el trabajo, las mujeres; de descubrir también el excepcional panfletario que era. De reinterpretar al mismo tiempo ese siglo XIX del que somos herederos directos, hecho de violencias y de luchas, de desamparos y de matanzas, de dictaduras y de opresión, de miseria y de epidemias, tan ajeno a los resplandores del romanticismo, a los aromas de la novela burguesa, a los dorados de la ópera y a los arcanos de la **belle époque**”.

Aquí encontramos dos elementos que se añaden a nuestra imposibilidad de nombrar a esta obra como una simple Biografía: el **Comprender** y el **Reinterpretar**. Busca siempre el conocimiento histórico, como ya vimos, el comprender *como suceden las cosas*, encontrar sus causas y motivos, pero a la vez como esas causas y motivos generalmente ya sucedieron, tiene el historiador que ineludiblemente traducirlas al lenguaje de la época en que él vive, es decir, en reinterpretar, actualizar los hechos pasados. Es aquí donde muchos encuentran el punto de quiebre entre la objetividad o subjetividad de la Historia como Ciencia.

Más allá de estas cortas consideraciones teóricas posee *Karl Marx o el espíritu del mundo* un brillante último capítulo en donde, con la

misma aguda minuciosidad metódica de toda la obra, trasciende la vida material del personaje para escudriñar en los actores, motivos y actos que redundaron en la formación de la ideología marxista, en el mito del hombre y en la formación de esa barbarie llamada Leninismo y de todos sus engendros históricos-políticos.

En fin podemos encontrar en esta obra dos cosas, según la necesidad vital del lector: una eficiente obra de acercamiento a la vida de un personaje histórico, con el cual podemos o no tener nada de afinidad, o una brillante investigación histórica que sin alejarse en lo mas mínimo de la rigurosidad metódica imprescindible para llevar tan nombre, nos aleja de la connotación monótona e inútil que posee la Historia.

2. CALDERÓN, Homero, *Recuerdos de Mamá Santos*. Mérida: Immecca, 2007, 54 págs.

*Rodríguez Lorenzo, Miguel Angel**
Universidad de Los Andes. Mérida Venezuela

Quienes conocen a Homero Calderón y saben no sólo de su destacada y reconocida trayectoria académica en la Universidad de Los Andes, de la que fue profesor desde 1972 hasta 1995 y Director de la Escuela de Historia de 1995 a 1997; sino también de su entrega devota a su familia, están enterados de que su condición de jubilado no le impide —en lo absoluto— ser activo miembro del Grupo de Investigaciones y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval (GIESHAM), del que fue fundador y Coordinador hasta este año e igualmente de que su solvencia académica y familiar tienen su origen en la sólida formación que tuvo en su hogar, por lo que es natural entender la veneración que tuvo y mantiene por su progenitora. De ello es testimonio palpable este libro.

* Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996), Doctorando del Programa de Doctorado *Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen* del Departamento de Historia Moderna (Universidad de Sevilla – España: desde Octubre de 2002). Profesor Asociado adscrito al Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes. E-mail: marl@ula.ve

En efecto, en él Homero Antonio Calderón Rondón rescata algunos de los cuentos que la autora de sus días, durante su infancia en la población de La Azulita del venezolano estado Mérida y por la noche, le contaba. A cada una de esas narraciones, «...gratos recuerdos...» de la infancia, él —como incisivo historiador— les hace una presentación de corte histórico y las adereza con eruditas notas explicativas a pie de página.

De esa manera se logra el hermoso milagro de la coautoría madre-hijo y que recordemos, algo tal vez universal, que nuestra madre también nos contó cuentos.

Once son los relatos rescatados para darle cuerpo a la obra que reseñamos. Cada uno viene acompañado de dibujos producto de la pluma de Gerardo Albarrán Altuve, con el fin de ilustrar un momento de ellos.

“El viejo andarín”, “La cigarra, la araña y la abeja”, “Cuartos y parejas”, “La vieja y la crinolina”, “La campana del diablo”, “El ambicioso y las brujas”, “La vieja y el remiendo”, “La otra bella durmiente”, “El petroglifo”, “Nochebuena en el bosque” y “La vieja de las hayacas” son los títulos de la onцена de cuentos que Mamá Santos le relatara a su hijo Homero.

El libro, entre otras virtudes que pueden ser destacadas, regala a los lectores, además del aleccionador contenido de los relatos, expresión fidedigna de los valores de una época, un ámbito neocultural y personas concretas, un saber con el que nos es fácil toparse y que, en virtud de la condición de andino, venezolano y a la vez ciudadano del mundo de Calderón Rondón, se despliega en una doble dirección: la correspondiente a la historia cultural de nuestros pueblos venezolanos y latinoamericanos y la relacionada con la tradición clásica de la Cultura Occidental de la que formamos parte.

Ello podemos constatarlo, por ejemplo, en «El viejo andarín», en el que se describe a un prototípico personaje popular andino de la primera mitad del siglo pasado: “...ruana de colores rojo y negro. Sobre su cabeza un poco calva un viejo sombrero de jipijapa y sobre sus hombros la mochila, en la que guardaba queso ahumado o cuajada envuelta en hojas de plátano, pan de afrecho o arepa de harina...” (pág. 11).

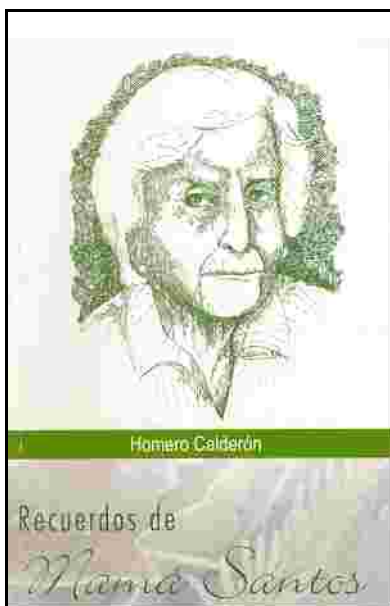
Asimismo, a través de «La cigarra, la araña y la abeja», relato de Mamá Santos que Homero Calderón reconstruye haciendo alusiones a sus similitudes con la mitología griega (págs. 17-18).

Además, ofrece precisiones en relación con la historia del libro, la lectura y los lectores entre nosotros, tal y como se hace con una mención al libro *Temporal y Eterno*, referido en uno de los cuentos de Mamá Santos, el cual –nos explica el historiador– fue escrito por Eusebio Nieremberg, tuvo amplia difusión en América Latina durante la época colonial y que, para comienzos del siglo pasado, seguía teniendo lectores entre nosotros (pág. 13).

Especialmente hermoso es el cuento «Cuartos y parejas», un singular sistema de organización de fiestas para que los jóvenes, pese a las dificultades que el control familiar y social les significaban, poder conocerse, hablar, intercambiar sueños, intimar, bailar y empezar (o consolidar) una relación que los condujera al matrimonio... Este relato, nos hace saber el coautor, en cierta manera, recoge parte de la historia sentimental de sus padres (págs. 21-24).

También es merecedora de elogio esta obra por la forma de estar escrita, un arte que la narradora y el escritor de los cuentos manejan con soltura. Como demostración extractamos de «Noche buena en el bosque» estas líneas (pág. 57):

“...Los pajarillos ensayaban un bellissimo concierto, en que se confundían armoniosamente los trinos del turpial, el ruiseñor, los azulejos, la paraulata y el Cristofué ... las flores, que habían abierto sus pétalos, ansiosas de mostrarlos [los colores] en el gran acontecimiento que se avecinaba...”



3. LÓPEZ, Isaac, MEZA, Robinzon, IBARRA, Daniel y otros. *Ensayos de Crítica Historiográfica*. Colección Historiográfica, N° 6. Mérida: Grupo de Investigaciones sobre Historiografía de Venezuela / Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico / Facultad de Humanidades y Educación / Escuela de Historia / Universidad de Los Andes, 2007, 98 págs.

*Rodríguez Lorenzo, Miguel Ángel**
Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela

Los métodos, las teorías y los temas que no han dejado de ir poblando, y reavivando sin cesar, a lo largo de la historia, sobre todo la reciente, la labor historiográfica, permitirían establecer diversas y múltiples etapas históricas sobre el despliegue, cercano a los doscientos años, de la Universidad de Los Andes en el tiempo. Una de ellas, desde la perspectiva de la producción de conocimiento, está marcada, indudablemente, por dos hechos centrales de su proceso de institucionalización: la creación del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico y la conformación de grupos de investigación.

En apoyo de la afirmación más cercana que hemos hecho, podemos recurrir a la publicación más reciente que conocemos del Grupo de Investigación sobre Historiografía de Venezuela, creado en 1994 bajo la dirección e inspiración de Alí López Bohórquez. En efecto, ella constituye una obra colectiva en la que la abrumadora mayoría (9) de los autores (12) forman parte de la *tercera "generación"* de docentes-investigadores y egresados-investigadores de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación.

* Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983), Magíster Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1996), Doctorando del Programa de Doctorado *Política, Economía y Sociedad en la Edad Media, Antiguo y Nuevo Régimen* del Departamento de Historia Moderna (Universidad de Sevilla – España: desde Octubre de 2002). Profesor Asociado adscrito al Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes. E-mail: *mari@ula.ve*

Por supuesto que esta clasificación de «generaciones» y la recurrencia a variables institucionales de apoyo a la investigación, no es absoluta y, de contrario, está cargada de subjetividades e imprecisiones, puesto que —en muchos casos— integrantes de la primera *generación* coinciden con los de la segunda y algunos componentes de ésta comparten actividades hoy día con la tercera y más reciente. Esto significa, para efectos de la argumentación que estamos intentando sostener a través de esta reseña, que un criterio biológico (en medio siglo de creación formal de los estudios profesionales de historia en la Universidad de Los Andes, son pocos los sobrevivientes de la primera generación y de los integrantes de la segunda también son poquíssimos los que aún no se han acogido a la jubilación) tampoco sería suficiente para sostener la clasificación «generacional» propuesta, dado que hay miembros del personal profesoral, uno de los cuales es coautor de este libro, de la Escuela de Historia (entre los que nos sentimos tentados a incluirnos) cuyas edades hacen difícil encontrarles ubicación «generacional» en relación con la tríada ensayada, por un lado; pero también porque excluye a los jubilados y los egresados que no han pasado a formar parte de la U.L.A.; pero mantienen vínculos sólidos con ella.

Por ello, hemos recurrido a la variable docente-investigador como el elemento clasificador, aún siendo imperfecto. Es en tal sentido que la creación del C.D.C.H. hacia comienzos de la octava década del siglo pasado y de los grupos de investigación, entre finales de la novena e inicios de la última, juegan un papel determinante en la consolidación de esa dimensión que le da significación, presencia y trascendencia a la Escuela de Historia en la ciudad, la región, el país y aún internacionalmente.

La primera “generación” es la fundadora y corre, sin haberse conformado de un solo golpe, desde sus primeros momentos como sección adscrita a la Facultad de Derecho, el egreso de la primera promoción en 1959, su inclusión en el núcleo primigenio sobre el que se estructura la Facultad de Humanidades, toda la década de los sesenta y hasta los años iniciales de la siguiente en el pasado siglo XX. El carácter que destacó en ella fue la docencia, pues en buena parte el

destino de los egresados eran los liceos, lo cual en absoluto significa minusvaloración ninguna para profesores y egresados. El predominio de la docencia, por otra parte, tampoco anuló la investigación, pues los profesores la aplicaron para elaborar sus trabajos de ascenso, algunos de los cuales fueron luego ofrecidos como libros. Entre éstos recordemos tres: *La Cultura Occidental* (1969) de Ernesto Pérez Baptista, *Los Comuneros de Venezuela* (1971) de Carlos Emilio Muñoz Orúa y *Los Reyes Católicos y América* (1971) de Horacio López Guédez.

La segunda «generación» estuvo signada por la concreción del entonces *Nuevo Plan de Estudios* hacia 1974, que para la docencia significó el cambio del sistema de anualidades al semestral, la ampliación de 4 a 5 años la duración normal de la carrera y –consecuencialmente– el incremento del número de cátedras y, en consecuencia, igualmente de la necesidad de docentes. Para la investigación la principal modalidad introducida fue la implementación del requisito de presentar un Trabajo de Grado (*Memoria de la Licenciatura*, también llamada, a secas, *Tesis*) derivado de actividades sistemáticas de indagación en fuentes muertas y vivas y el análisis crítico de las mismas, para egresar. El resto de esa década de los '70, la de los '80 y los inicios de la de los '90 estuvo bajo su signo y contó, para efectos del desarrollo de la investigación, con el apoyo financiero del C.D.C.H.T. De todas maneras, el rasgo dominante en ella fue su práctica individual. Los profesores continuaron realizando trabajos de ascenso productos de la investigación y empezaron a hacerse presentes en congresos y el mundo editorial de los libros y las revistas.

La tercera «generación» empezó a construirse en los inicios de los años noventa del siglo anterior y continúa adquiriendo su perfil específico en los años que van de la primera. En ella, si bien en la acción docente continúa bajo la sombra del mismo Plan de Estudios con el que se inauguró la anterior «generación», en investigación la conformación de grupos, la creación y permanencia de la revista *Presente y Pasado*, la estructuración de una Maestría y la realización de eventos para dar a conocer y debatir las investigaciones concluidas o en proceso, le han dado un especial impulso a este rasgo de la Escuela de Historia de la U.L.A., el cual, en esta “generación” ha estado caracterizada por

el trabajo en equipo y la posibilidad de que los egresados y los jubilados no se desvinculen de la institución.

Estos rasgos “generacionales”, volvemos a apuntar, se materializan en este libro colectivo que reseñamos.

En efecto, esta obra cuenta con 9 autores que son en la actualidad tanto profesores de la Escuela como egresados que son, claramente, miembros de la tercera «generación», la «sangre nueva» a la que le corresponde echar sobre sus hombros la responsabilidad de darle continuidad a la Institución y renovar la investigación histórica.

Su disposición de asumir tal responsabilidad queda evidenciada, también, en este libro, a través del cual someten a revisión precisamente el patrimonio historiográfico que reciben y que desglosan en 13 nombres: Pedro Manuel Arcaya, Diego Carbonell, Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry, Ramón Díaz Sánchez, Caracciolo Parra León, Ildelfonso Leal, Pedro Grases, Santiago Gerardo Suárez, Germán Carrera Damas, J. E. Ruiz Guevara y Miguel Acosta Saignes.

Isaac López valora en Arcaya el valor vital que la historia tuvo para él: «...era sentido de trascendencia ... una explicación de sí mismo. Explicar era para él encontrarse. Encontrar un sitio en la historia...» (pág. 21); mientras Robinzon Meza destaca el temprano llamado de atención que hizo Carbonell acerca del valor del método para el trabajo de los historiadores y Daniel Ibarra llama la atención sobre cómo Picón Salas asignó un valor colectivo al conocimiento histórico, puesto que por su intermedio los pueblos latinoamericanos podían conectarse con la Cultura Occidental a la que, consideraba, pertenecíamos.

Por su parte Gilberto Quintero caracteriza a Mario Briceño Iragorry como uno de los pioneros en el estudio de la historia de la historiografía venezolana, Yuleyda Artigas encuentra que Díaz Sánchez revalorizó la época colonial de Venezuela y la historiografía que se produjo en ella, Carlos Villalobos muestra a Parra León como historiógrafo de la cultura y la educación y Alí López a Leal como iniciador de los estudios de la Universidad venezolana.

Ildelfonso Méndez Salcedo al ocuparse del catalán Grases y el tocuyano Santiago Gerardo Suárez, recuerda en sus virtudes historiográficas

de divulgador al primero y persistente al segundo, dos condiciones que deber ser atendidas por los historiadores más jóvenes, de lo cual él mismo es un sólido ejemplo y cuya obra es su mejor prédica.

Por último Juan Carlos Contreras señala a Carrera Damas como un historiador integral de la historiografía venezolana, Zoraida Guédez Yépez rescata el valor de Ruiz Guevara como difusor de la historia de la Venezuela profunda desde la particularidad llanera de Barinas que le tocó vivir y Claudio Briceño Monzón lo hace con un aspecto poco atendido de Acosta Saignes, como lo fueron sus persistentes campañas a favor del mejoramiento de la enseñanza de la historia y la geografía en el Bachillerato, por las páginas de la prensa nacional en la década de los años cincuenta.

Y para dar fin a estas líneas inspiradas por la lectura de *Ensayos de Crítica Historiográfica*, nada mejor que dar la voz a Diego Carbonell, con sus palabras traídas por Robinzon Meza desde 1943, cuando advertía sobre un riesgo que aún persiste en el discurso historiográfico (pág. 28):

“...abrumados por la cronología no reconstruiríamos propiamente el pasado, sino que levantamos un edificio de fechas que desfigurán, completamente, la mal comprendida severidad de la historia.”

